

Papá, aunque tu enfermedad prolongada nos había preparado para este momento, qué difícil es decirte adiós. Fuiste un hombre de una fe profunda, que te sirvió de base para llevar una vida plena dedicada al servicio a la Patria, a la que amaste de manera incondicional.

Excelentísimo Señor
Juan Carlos Varela Rodríguez
Presidente de la República

Honorable Señora Primera Dama de la República

Señores Poderes del Estado

Excelentísima Señora Vice Presidenta y Ministra
de Relaciones Exteriores

Sus Excelencias Ministros y Vice Ministros de
Estado

Sus Excelencias Miembros del Cuerpo
Diplomático

Invitados, Familiares, Amigos y Amigas:

En nombre de la familia quiero expresar nuestro agradecimiento a todos aquellos que nos acompañan hoy, así como también a los que no

han podido asistir, pero que nos han enviado numerosas muestras de cariño y solidaridad.

Créanme, en este momento tan triste, el apoyo que ustedes nos brindan constituye un bálsamo para nuestro dolor.

Resulta imposible recordar a Ricardo Arias Calderón sin hablar del amor de su vida, Teresita.

Juntos forjaron una familia de la que se pueden sentir orgullosos. Dedicaron una vida al servicio de los que menos tienen y más aguantan. Ambos nos enseñaron que la conciencia no nos permite ser indiferentes cuando hay tantos panameños que viven en la adversidad.

Para nosotros ha sido un placer compartir a nuestro padre, ya que para muchos Ricardo Arias Calderón se convirtió en un guía, en un orientador y en un maestro.

Ha dicho José Martí que “En el mundo ha de haber cierta cantidad de decoro, como ha de haber cierta cantidad de luz. Cuando hay muchos hombres sin decoro, hay siempre otros que tienen en sí el decoro de muchos hombres. Esos son los que se rebelan con fuerza terrible contra los que le roban a los pueblos su libertad, que es

robarles a los hombres su decoro. En esos hombres van miles de hombres, va un pueblo entero, va la dignidad humana”.

Nuestro padre fue un hombre que estuvo dispuesto a dar la vida por sus ideales. La libertad, la democracia y la justicia no eran negociables para él. Su lucha inspiró a muchos panameños y panameñas, que lo acompañaron con completo desprendimiento dispuestos a correr sus mismos riesgos. En este momento de su partida, es nuestro deber rendirles homenaje a ellos también.

No dejo de pensar que al partir, nuestro padre que fue emblema de la honradez y la decencia se va en un momento de profunda preocupación por el futuro del país ante la pérdida de valores, donde para muchos la política dejó de ser una vocación noble y se convirtió en una actividad donde predomina el rejugueo de intereses particulares y se olvidaron que la política es el servicio a los demás. Mientras otros se refugiaron en actividades particulares para lucrarse en el anonimato sin sentirse sujetos a ninguna norma moral y, en algunos casos, además, en abierta desavenencia con la ley.

Nuestro padre consagró sus fuerzas a la política de la buena, aquella que se hace por vocación; donde las acciones valen más que las palabras; donde las alianzas son de principios y de cara al país; donde no existe la traición; donde no hay enemigos sino adversarios, a los cuales siempre se le estrecha la mano y se le permite una salida digna sin revanchismo ni venganza; pero sobre todo aquella donde los principios no son negociables.

Son razones como esa, las que nos hacen pensar que el mejor homenaje que le podemos brindar a Ricardo Arias Calderón es que, como ciudadanos nos comportemos con los mismos valores que exigimos de los políticos, y los políticos sean el ejemplo para la sociedad que lideran.

Parafraseando lo que su amigo Pedro Vargas escribió anoche en las redes sociales, no es cierto que Ricardo fue un hombre que se adelantó a los tiempos, él fue un hombre que se preparó para su tiempo. Llegó en un momento que la patria se descosía como una bandera abandonada a los azotes de quienes violaban nuestro derecho a vivir en libertad. Llegó justo cuando más lo necesitaban hombres y mujeres que buscaban formación ciudadana.

Nuestro padre fue, también, un docente que compartió a través de la cátedra, la tribuna, el periodismo, de sus ensayos y libros su formación intelectual y su visión política.

Una visión política que incluye entre sus mayores legados, que es posible vivir en democracia sin la militarización del país. Se dedicó a trabajar para que contemos hoy con una fuerza pública supeditada al poder civil, siendo el ejercicio del voto libre el único instrumento para la alternancia del poder.

Fue un Demócrata Cristiano cabal, convencido de que los principios de la democracia, la justicia y la búsqueda del bien común tenían que ser sustentados en la dignidad de la persona humana. Fue bajo ese criterio que nuestro papá introdujo en la política panameña el concepto de que no solo existe la deuda pública sino también la deuda social, que es aquella que debemos saldar con los menos favorecidos en nuestra sociedad.

Nuestro padre, fue un hombre que vivió toda su vida, con gran fe y valentía.

Un testimonio de ello fue cuando le confesó a un fraile su agradecimiento a Dios por su vida, incluyendo su enfermedad. Aquel fraile, que

apenas lo conocía, le respondió: “¿Cómo puedes dar gracias por algo tan difícil como tu enfermedad?”, a lo que contestó: “Le doy gracias por permitirme compartir el sufrimiento de Cristo Jesús en la cruz”.

Esa era, sin dudas, la profundidad de su fe, el tamaño de su entrega, la certeza de su convicción.

Ricardo Arias Calderón caminó entre nosotros dando testimonio de que es posible hacer política de la buena. Es un camino difícil, sí, pero no imposible, como él lo demostró.

Papá, dejaste una huella imborrable en el corazón de tu familia, de tus amigos y copartidarios, y de tu país.

Eres ejemplo e inspiración para Teresita, tus hijos, tus nietos y para miles de panameños. Aunque con inmensa pena hoy nos despedimos de ti, nos consuela que estamos aquí para celebrar tu vida. Nos has dejado un legado de amor, de fe y de esperanza.

Siempre te recordaremos con mucho amor y llenos de admiración y orgullo.

Que Dios te bendiga y te tenga en su gloria.

Te queremos mucho, papá.